

## PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 3

### 3. No un precepto, sino una Presencia a la que mirar

#### Segunda pregunta y respuesta, tomadas de la Asamblea con Julián Carrón en el *Equipe de Gioventù Studentesca* \*

*Cuando me enviaron la pregunta sobre la que teníamos que trabajar para el Equipe, pensé enseguida que no podía dejar de contar lo que me ha sucedido este verano. Todo el mes de julio he estado en Dublín con tres amigas para aprender inglés. Antes de marcharme no tenía ni idea de lo que me esperaba. Me asustaba un poco esta nueva aventura, porque no conocía mucho a las amigas con las que iba. De hecho, los primeros días fueron terribles. La familia en la que estaba no me gustaba, y me sentí muy sola. No veía la hora de volver a casa para encontrarme con mis amigos, con mi novio y con mi familia, y mi único pensamiento era todo lo que me estaba perdiendo en mi ciudad. Sin embargo, la realidad era otra, porque tenía que estar allí todo el mes, y por eso todo lo que podía hacer era fiarme de Otro y aceptar lo que se me daba. En realidad no sabía muy bien cómo hacer. Hablar de fiarse es sencillo, pero fiarse de verdad es más difícil. Este mes ha sido una gran ayuda para comprenderlo.*

**Julián Carrón.** ¿Lo veis? También este mes ha servido para comprender, porque no comprendes mirando para otro lado, sino atravesando las circunstancias.

*De hecho, todo cambió cuando me di cuenta de que yo, en realidad, no tenía que hacer absolutamente nada más que ser yo misma delante de todo lo que tenía delante. El resultado ha sido precioso. Cuando conoces a personas de otros países que tienen una vida, unos pensamientos y una religión distintos de la tuya, estás obligado a medirte con ellos y a mantener un diálogo. Y desde el momento en que yo me ponía así delante de ellos, ellos se daban cuenta de que en mí había algo distinto que les interesaba. Sin que hiciese nada de especial, las personas percibían en mí algo verdadero e interesante de seguir. Un ejemplo de esto es una amistad preciosa que ha nacido con unos chicos turcos que estaban en mi clase. Al principio ellos no hablaban con nadie, eran muy cerrados y casi daban miedo al resto de la clase. Un día mi profesor me puso hacer el speaking con estos dos chicos. Al principio no sabía qué hacer, porque no querían hablar conmigo. Entonces decidí lanzarme y empecé a contarles lo que había hecho el día anterior. Hablé durante casi diez minutos sin parar cuando, en un momento dado, se me escapó que, como era domingo, había ido a misa. Esos dos chicos turcos, musulmanes, levantaron repentinamente la cabeza y empezaron a hacerme muchísimas preguntas sobre mi religión. Yo no pensaba en lo que estaba sucediendo, pero de esa conversación con ellos ha nacido una amistad preciosa. Ellos se abrieron muchísimo conmigo, y a continuación con toda la clase. Hablábamos con mucha frecuencia y comparábamos nuestras religiones. Un día, hablando justamente de esto, me señalaron una cosa que me impresionó mucho. Durante las clases, Omar, uno de ellos, me preguntó cuánto tiempo hacía que era cristiana; casi sin pensarlo, yo le respondí que era cristiana desde el nacimiento, aunque mi encuentro con Cristo había sido gracias a la compañía de GS al empezar el liceo. Aquellos dos chicos se quedaron sorprendidos por lo que les estaba dicien-»*

\* [Apuntes de la Asamblea con Julián Carrón en el Equipe de Gioventù Studentesca, Cervinia, 3 de septiembre de 2016.](#)

» do, y con los ojos muy abiertos, me miraron y me dijeron: «¿Lo ves? Esto es justamente lo que nos falta a nosotros: un encuentro verdadero, porque a nosotros muchas veces nuestra religión nos la imponen, mientras que se ve que tú la tienes viva dentro de ti». ¿Quién lo habría dicho? Dos turcos que me hicieron recordar la cosa más grande que me había encontrado, que me hicieron darme cuenta todavía más de lo que yo tenía. El resto del mes estuvo lleno de encuentros con personas que, al mirarme, se quedaban impresionadas por mi modo de estar frente a las circunstancias. Otro ejemplo muy bonito es la amistad que ha nacido con un chico siciliano. Tres días después de conocernos él vino a mí y me dijo estas palabras: «Me doy cuenta de que en la vida hay una gran diferencia entre las personas que existen y las personas que viven, y tú tienes ojos que viven. Dime cómo haces. Yo necesito aprender a vivir». Hablando con él, me di cuenta de que teníamos el mismo deseo de estar bien, la misma necesidad de ser felices. Durante ese mes me pude dar cuenta también de la importancia de la Escuela de comunidad. De hecho, aunque estaba en otra ciudad, con amigas distintas que no son de mi grupo, percibimos la necesidad de seguir haciéndola, aunque solo éramos cuatro. Un día invite a la Escuela de comunidad al chico siciliano, aunque al principio rechazó venir. A mitad del gesto entró en la habitación en la que estábamos, y nos preguntó si podía escuchar. En el momento en el que entró yo estaba contando cómo me sentía amada en aquel momento, un amor tan grande que definía mi forma de estar delante de las cosas. Al final de la Escuela de comunidad, el siciliano se puso delante de nosotras con toda su necesidad y nos preguntó: «Pero, ¿de verdad os sentís amadas? Porque yo quiero sentirme así. Quiero estar bien como vosotras». Son solo ejemplos banales que han marcado todo mi mes en Dublín. He recibido un regalo detrás de otro. Cada día había algo o alguien que me hacía caer cada vez más en la cuenta de la grandeza que he encontrado. Cada día era para mí una confirmación mayor; incluso un profesor, a mitad de la clase, me miró y me preguntó cómo hacía para estar siempre feliz en clase. Nunca había tenido un alumno tan sonriente, y se dio cuenta de que mi sonrisa había cambiado a toda la clase. El último día, cuando vino a despedirse, me dijo que recordaría mi sonrisa durante mucho tiempo. A otro profesor, que era un tipo un poco extraño, le gustaba mucho hacernos hablar en clase de temas fuertes como la religión, los gays o la ideología de género; con mucha frecuencia me veía defendiendo sola mis opiniones y aquello en lo que yo creía. Ese profesor era siempre el primero que se oponía a mí, y trataba por todos los medios de provocarme y de hacerme preguntas a las cuales yo no hubiera podido responder. En todas estas conversaciones yo trataba de no ir contra nadie, sino simplemente de ser verdadera con lo que pensaba y con lo que había encontrado. Incluso ese profesor, el último día, vino a darme las gracias y a decirme que no le había hecho cambiar de idea, pero que nunca había conocido a una chica que fuese tan verdadera delante de las cosas en las que cree. Un día, una chica que habíamos conocido vino a darme las gracias porque le había enseñado una forma de mirar a las otras personas. Lo más bonito es que todo lo que ha sucedido durante este mes no ha terminado, sino que dura todavía. Los amigos turcos me piden todos los días que les escriba porque necesitan esta amistad. Cuando volvimos, el chico siciliano me escribía de vez en cuando y me decía que no sabía cómo hacer, porque en su ciudad no había personas como nosotros que le ayudasen a tomarse en serio todas sus preguntas. Hace algunos días me ha escrito una nota preciosa en la que me dice que se ha hecho cristiano. Una chica que vino a darme las gracias vendrá con nosotros a las vacaciones de verano. Pero todo esto ha sucedido no solo con las personas que he conocido en Dublín, sino también con todas las que había dejado en Rimini. Cuando volví había cambiado también mi forma de estar frente a mis padres, a mi novio y a mis amigos, y esto ha sido nuevamente una confirmación para mí. Cuando estás en otra ciudad te das cuenta de que las personas que tienes delante probablemente »

» solo las verás durante un mes a lo largo de toda tu vida. Y por eso te ves casi obligada a preguntarte qué quieres ser, mientras que a veces, cuando estás en tu ciudad, corres el riesgo de verte aplastada por la costumbre. En realidad, para mí no ha sido así, porque cuando he vuelto tenía dentro de mí una conciencia distinta. Me he dado cuenta de que el encuentro con Cristo me ha aferrado por completo. Puedo incluso no pensar en ello, puedo caer en todos los pecados humanos, quejarme porque las cosas no funcionan como yo quisiera, pero ahora este encuentro lo ha definido todo, a mí misma, mi vida, mi forma de estar delante de las cosas. Este Amigo ahora no me abandona, me corresponde a mí reconocerle. Retomando la pregunta que se nos ha hecho para el Equipe, me he dado cuenta de que he encontrado a este Amigo a lo largo de todo el verano en los amigos que se me han puesto al lado tanto en Dublín como en Rimini, no he sido abandonada ni un solo segundo. Y esto porque en las personas con las que me encontraba veía el reflejo de lo que yo he encontrado.

Entonces, ¿qué has aprendido de esto? ¿Qué te ha hecho pensar en este Amigo? ¿Qué has aprendido de la pregunta que os habéis hecho sobre «un amigo a la altura del deseo»? Todo esto que has encontrado, ¿qué te ha permitido comprender?

*Me ha permitido comprender que con mucha frecuencia me monto grandes paranoias.*

Perfecto. ¡Paranoias! Toma nota: ¡paranoias! Hacemos de las paranoias una realidad, y después vamos detrás de las paranoias como si fuesen realidad; en cambio, ¡solo son paranoias!

*En realidad, a fin de cuentas no tengo que montarme esas paranoias, porque lo que he encontrado es verdaderamente mucho más grande y, como decíamos antes, yo ya he sido aferrada por Él.*

Sí, pero tú este verano no has conocido a nadie que entre dentro del concepto de “amigo” que muchas veces tenemos nosotros. Muchos habrían podido pasar todo el mes en Dublín quejándose porque no estaban los amigos de su ciudad. Tú en cambio, ¿qué has descubierto en lo que has contado?

*He descubierto en primer lugar que el amigo estaba dentro de mí.*

¿Es decir?

*Es decir, que lo tenía yo.*

¿Que lo tenías tú! ¿Qué quiere decir que lo tenías tú? ¿Es una imaginación tuya?

No.

¿Qué quiere decir que lo tenías tú? ¿Dónde estaba?

*En mí misma.*

«En mí misma». Tienes que explicármelo bien, porque no sé si lo has entendido.

*Surgía de mí en el momento en el que...*

«Surgía de mí», ¿te lo inventabas tú, te lo creabas tú, lo generabas tú?

No. Era un hecho.

Explícame bien cómo sucede esto.

*Simplemente, en el amigo que te dice: «Tus ojos viven, en esos ojos...*

¿En esos ojos?

*... hay algo».*

Y estos ojos, ¿cómo los has generado?

*Por un encuentro con Cristo.*

No perdamos el hilo de cómo han sucedido las cosas. ¿Dónde has visto tú a Cristo? ¿Qué ha generado estos ojos que tú tienes ahora?

*Un amor que he percibido...*

¿Un amor? Si vosotros decís estas cosas en público, la gente cree que estáis como una cabra. Si me lo decís a mí, pase, pero si se lo decís a otro, os respondería: «Esto me confirma que »

» no merece la pena ser cristiano». Por eso, explica bien lo que te ha sucedido sin separarte ni un milímetro de la experiencia que has hecho. Cuéntame cómo has alcanzado esa mirada. Porque es de esto de lo que no os dais cuenta. ¿Qué camino has hecho para encontrarte con que ahora tienes esta mirada? Porque es verdad lo que dices, que en ti existe esta mirada, que está dentro de ti, pero, ¿cómo ha llegado hasta ti? ¿La tenías por naturaleza? ¿Estaba ya en ti por defecto? ¿Y por qué todos los demás no la tienen? Si estuviese presente por naturaleza, los turcos, el siciliano, el profesor, todos aquellos de los que has hablado, deberían tenerla como tú, pero ellos no pueden imaginársela. Entonces, ¿cómo ha llegado hasta ti? ¿Has tenido alguna visión?

*No, no.*

¿Alguna aparición?

*No.*

¿Qué es lo que ha sucedido?

*Tengo muy presentes los rostros de amigos y de adultos...*

Antes de pensar en ellos, ¿que ha tenido que suceder? Al principio no los tenías en la mente, no sabías ni siquiera que existían. Os saltáis todos los pasos. ¿Tú sabías al principio que existía esta mirada? ¿Lo sabías desde el nacimiento?

*No.*

Ni siquiera habiendo sido educada en ello –lo has dicho antes–, porque no os dais cuenta de lo que decís. ¿Cuál es la diferencia que ha observado en ti el chico turco? Es algo que él no tiene y que en cambio tú has tenido. Nos lo acabas de decir. ¿Qué palabra has usado? ¡Una palabra!

*Un encuentro.*

¡Perfecto! ¿Y un encuentro con qué? ¿Con una imaginación? ¿Con un sentimiento? ¿Con el amor que tenía alas? ¿Qué era? ¿Un elenco de leyes? ¿Unas instrucciones de uso? ¿Qué era? Un encuentro con una carne, con rostros, con hombres en los que tú has sorprendido esta mirada. Hasta tal punto que el turco capta mucho mejor que tú el alcance del encuentro, porque él se da cuenta de la cuestión: «¿Cuál es la gran diferencia entre tú y yo? Que yo siempre me he movido dentro de una costumbre», decía él: una imposición, lo que es peor; «en cambio, lo que le falta a mi religión es un encuentro». Primer paso. ¿Y qué ha sucedido después? Te has topado con una mirada distinta; en cuanto te ha sucedido ha entrado dentro de ti y ahora la sorprendes en ti. ¿Y qué ha sucedido después del encuentro?

*Que esta mirada ha definido mi forma de estar delante de las cosas.*

¿Cómo? ¿De forma mágica?

*No, no.*

¿Se ha producido un *flash* y luego ya todo estaba todo su sitio?

*No, la conciencia...*

¡No! Decidme todo, porque lo dais todo por descontado y luego alguien dice: «Un amor». No hago esto para hacerte perder el tiempo, porque ya lo sabes, sino porque cuando te hago una pregunta me hablas del amor en abstracto. ¿Entiendes? En lugar de hablarme del encuentro con rostros concretos, con personas en las cuales has encontrado esta mirada etc. etc. ¿Cómo se ha vuelto tuya esta mirada?

*Mi mirada se ha vuelto así.*

¿Cómo se ha vuelto tuya? Ya desde el primer día...

*Vivo.*

Has seguido a esas personas.

*Sí.*

Y, en un momento dado, te has sorprendido teniendo esta mirada de la que no eras cons- »

» ciente. Han sido los demás, fuera de ti, los que te han hecho comprender la diferencia que hay en ti. Entonces, ¿quiénes han sido los amigos este verano? ¿Los que habías dejado en Rímíni o los que te has encontrado en Dublín y que te han hecho ser consciente de lo que te habían dado aquellos que habías encontrado en tu ciudad?

*Los que me han dado esa conciencia.*

¿Y dónde estaban los de tu ciudad, si no estaban allí contigo? ¿Por qué han sabido los que has conocido en Dublín que te había sucedido algo? Porque dentro de ti estaba su mirada. Tú decías: «Yo» con un «nosotros» dentro. ¿Por qué? Porque el «nosotros» ya se había vuelto tuyo, se había convertido en una mirada tuya, se había convertido en la diferencia que tú llevas, era ya tu forma distinta de estar, tu sonrisa, tu mirada, tu ser tú misma, según todo lo que has dicho antes. El «nosotros» había llegado a ser la definición de ti misma, de tu yo. No necesitabas que estuviese junto a ti uno de tus amigos, porque estaba dentro de ti, tus amigos estaban dentro de ti, nosotros estábamos dentro de ti, estábamos en Dublín contigo. Y tú te dabas cuenta de esto porque los demás se sorprendían ante ti: «Pero, ¿por qué eres así? ¿Por qué vives así y no te limitas solo a existir?», por usar las mismas palabras que has usado tú. ¿Quién te permite vivir así? ¡¿Quién te hace vivir así?! Entonces, en todo lo que has dicho, has usado una palabra: ¿para qué ha servido todo este verano en tu camino? ¿Qué palabra has usado? ¿Qué ha significado todo esto que has contado? ¡Lo has dicho con una palabra!

*Una confirmación.*

«Una confirmación». Una confirmación. Si no hubieses ido a Dublín, si no te hubieses topado con todas aquellas personas, unas personas tan distintas –nadie pensaba como tú–, tú no te habrías dado cuenta de la diferencia que portas, de la novedad que el encuentro que has tenido introduce en la vida, y por tanto, no estarías tan cierta como lo estás ahora. Si alguien se lo hubiese ahorrado, y hubiese pensado: «No, tengo miedo, no voy», no habría tenido esta confirmación. Entonces, cuando el papa Francisco dice que nos conviene salir, no está dando unas instrucciones de uso a los más valientes para que vayan a hacer misión; no, nos invita a salir para poder ver la confirmación en nosotros, en nuestra experiencia, de lo que nos ha sucedido. Porque si uno no sale de su huerto, nunca tendrá la confirmación que tú has tenido. Si tú hubieses dicho: «No es posible, sin mis amigos no puedo ir a ningún sitio», no habrías tenido esta confirmación. ¿Verdad? Entonces, ¿hacer esto es algo positivo o es negativo?

*Es algo positivo.*

Y esto no quiere decir que tengas que ir siempre sola, porque tú llevas dentro de ti a los amigos. Y te das cuenta de lo que son para ti, de qué quiere decir pertenecer a Cristo en la comunidad cristiana, justamente por esa experiencia que haces: puedes ir hasta el fin del mundo. Es lo mismo que les sucedió a los discípulos: no se quedaron encerrados en el cenáculo; al principio sí, antes de recibir el Espíritu Santo estaban allí asustados, solos, atemorizados por lo que había fuera, pero después fue como una explosión: fueron por todo el mundo, no se quedaron lamiéndose las heridas diciendo: «Somos pobres, Cristo se ha ido, estamos aquí solos». Él ya había entrado dentro de ellos hasta la médula, y por eso se fueron por todo el mundo, pero no solo para contar lo que habían visto, sino para vivir. Tú vas a Dublín para estudiar inglés, y al estudiar inglés, sin preocuparte por ello, haces misión. La misión no es algo añadido a la vida, algo que “tengo” que hacer. Sin hacerte ni siquiera el propósito, haces misión viviendo tu vida. Y la primera beneficiaria de esto eres tú. Imagínate que todas las cosas que vivimos, que todas los desafíos de la vida que tenemos que afrontar fuesen para alcanzar esta confirmación. Esto es lo bonito de la situación actual, amigos: nos hallamos en un mundo plural, en cuanto salimos de casa nos encontramos en este mundo global en donde cada uno piensa de forma distinta. Menos mal, porque por fin podemos ser “libremente” cristianos, sin que tengan que existir condiciones especiales; no tenemos otra condición »

» que lo que nos ha sucedido. Como les sucedió a los primeros que se encontraron con Él: todo el Imperio romano era distinto, estaba el Panteón con todas las religiones, ¿y acaso esto les asustó? Al contrario: recorrieron el mundo para mostrar, viviendo, la diferencia que les constituía, que llevaban dentro de sí. Y todos, al igual que tú, se daban cuenta de ello. No es porque fuesen grandes, porque fuesen importantes, porque ocupasen un cierto puesto en la administración, no sé qué nivel en la administración romana, porque esa diferencia pasaba a través de los esclavos, de los mercaderes, de los soldados, de la gente normal como tú, que vas estudiar inglés. Y nunca ha sido tan misionera la Iglesia como al principio. El problema es cuando “tenemos” que hacer la misión, porque esto quiere decir que tiene que existir algún “experto” de la misión. No. La misión es de todos aquellos que se han encontrado con Cristo. El día que “tengamos” que hacerla, quiere decir que hemos perdido algo por el camino. Tú no has hecho un curso de misión porque tenías que estudiar inglés, has sido misionera porque esto pertenece a tu ADN de cristiana por el encuentro que has tenido. Y todas las palabras adquieren un significado distinto. Esto es fascinante en primer lugar para nosotros, imagínate para los demás, que no pueden dejar de desear permanecer en contacto con nosotros después de habernos conocido. Imaginaos, después de un verano como el que ha pasado nuestra amiga, lo que sería toda la vida vivida así. ¡Vosotros decidís, amigos! Si tenéis algo más interesante que hacer, ¡marchaos! Cuando os canséis, volved y estaremos todavía aquí –por lo menos ella y yo– viviendo esto. Mantenemos la casa abierta para vosotros. Gracias.